

De Filósofo a Emperador: Juliano II en las Galias y la Reforma religiosa. Una aproximación histórico-biográfica a su figura

Raúl Barrera Luna

Licenciado en Historia

Universidad Autónoma de Barcelona

Doctorando en Ciencias de las Religiones

Universidad Pablo de Olavide

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5399-6807>

Resumen

Este trabajo explora la transformación de Juliano II, conocido como "el Apóstata", desde su educación filosófica hasta su llegada al poder en el Imperio Romano. El estudio revisa sus políticas de restauración de las antiguas tradiciones romanas y el intento de equilibrar el paganismo y el cristianismo en un contexto de intensos cambios sociales y políticos. A través de una revisión de fuentes clásicas y modernas, se destacan los logros administrativos y militares de Juliano, así como su influencia del neoplatonismo y su papel como defensor de la identidad cultural romana. Finalmente, el análisis sugiere que su gobierno fue uno de los últimos intentos por restaurar un equilibrio cultural en el Imperio Romano antes de la consolidación definitiva del cristianismo.

Palabras Clave

Juliano II, paganismo, neoplatonismo, Imperio Romano, cristianismo

Abstract

This paper explores the transformation of Julian II, known as "the Apostate", from his philosophical education to his rise to power in the Roman Empire. The study reviews



his policies of restoring ancient Roman traditions and attempting to balance paganism and Christianity in a context of intense social and political change. Through a review of classical and modern sources, Julian's administrative and military achievements are highlighted, as well as his influence of Neoplatonism and his role as a defender of Roman cultural identity. Eventually, the analysis also suggests that his rule was one of the last attempts to restore a cultural balance in the Roman Empire before the final establishment of Christianity.

Keywords

Julian II, paganism, Neoplatonism, Roman Empire, Christianity

Introducción

En 1987, Arce iniciaba su artículo “*La Frontera del Imperio Persa: Constancio II y Heraclio*” con la conocida máxima de que “*Ningún príncipe romano logrará ir más allá de Ctesifonte*”, declaración que no podía estar más acorde con la figura que nos ocupa: Flavio Claudio Juliano o mejor conocido como “Juliano el Apostata”.

Para cualquier interesado en el Imperio Romano, este nombre saltará rápidamente a la memoria como aquella figura, aquel emperador, que intentó “purgar el cristianismo” de un Imperio Romano que se alejaba cada vez más de una antigüedad clásica; de un personaje que en su corto reinado (361-363) (Roldán 1995: 465) lucharía contra el mecanismo interno del Imperio – no solo religioso, sino en materia de leyes y organización – buscando alcanzar o emular viejas cotas y horizontes en la lucha contra el gran enemigo, los Persas de Sapor el Grande; campaña en la que perdería la vida en una escaramuza tras celebrar su cumpleaños ante las murallas de Ctesifonte (Montanelli 2011, pg. 424).

Empero, ¿Cómo se llegó a esta situación?



Flavio Claudio Juliano

Algo “lejos” de su faceta más conocida en la historiografía como Emperador Apostata, con sus controvertidas políticas y acciones; nos centraremos en un Fl. Cl. Juliano más joven.

Fl. Cl. Juliano nació en Constantinopla en el año 331 d.C. hijo de Julio Constancio (hermanastro de Constantino I) y de su segunda esposa Basilia Basilina. Por ende, sobrino del emperador Constantino el Grande y primo de los hijos de este: Constantino II, Constante y Constancio II (Royo 2009 pg. 162) siendo este último el que más acaparará nuestra atención en el devenir del artículo, dado que – tras la muerte de Constantino en el 337 – Juliano fue testigo de la matanza de su familia promovida, seguramente, por Constancio II Acción entendida como paso previo para salvaguardar una efímera repartición del Imperio entre los diferentes hermanos (solo sobrevivieron a la “erradicación” de las ramas colaterales de la familia imperial el mismo Juliano y su hermano mayor, Galo; presumiblemente por su corta edad y viabilidad de manipulación (Caballero, 2017, p. 32). Repartición que acabaría en lucha intestina y en Constancio II como único heredero del Imperio Oriental, dado que Constante seguiría ocupando el cargo hasta el 350 (Royo 2009, pp. 162-163)

A lo largo de este periodo turbulento en la familia imperial – y tras la victoria de Constancio II – Juliano vivió una infancia en el exilio, marcada por la vigilancia constante de los agentes imperiales al servicio de su primo Constancio II; en la voluntad de educarlo en el cristianismo y alejarlo de posibles “focos de atención” que pudiese suscitar su persona para sectores con intereses contrarios al actual emperador (Sanz 2009). Infancia y pubertad marcada por un acercamiento al “paganismo” iniciada bajo la sombra y la influencia en su temprana niñez de la figura de Mardonius, quien le instó a la lectura de los “clásicos” siguiendo la *paideia* e inculcando una visión austera, incitando un carácter reservado y rígido contrastado por una ansia de conocimiento



característica de un Juliano más adulto (Sanz 2009 pg. 90)¹. Cabe destacar que en esta fase también tuvo un acercamiento a las diferentes posturas cristianas, a entender las disputas entre arrianos y ortodoxos (Caballero, 2017, pp.32) lo cual, a mi entender, le daría mayor perspectiva a la realidad socioreligiosa de su entorno en estos primeros instantes de su vida y desarrollo.

Tras la muerte de Mardonius y del preceptor cristiano Eusebio casi al mismo tiempo en el 340 – con el cual había mantenido una distante relación (Caballero, 2017, p.32) – marcó una nueva etapa en un Juliano joven que viviría su vida entre idas y venidas de diferentes sitios – de Nicomedia a Macellum, Capadocia, Constantinopla... - hasta alcanzar “cotas de libertad” que le permitirían viajar por el territorio – básicamente la *pars Orientalis* – en busca de conocimiento, amparándose en un creciente interés en el paganismo, adentrándose en el neoplatonismo emergente en ciertos sectores y haciendo amistades que formarían el círculo de intelectuales y filósofos que le serían allegados (Sanz 2009). No en vano (Caballero, 2017, p. 33), se inició durante esta fase en los Misterios de Mitra en torno al 351. Condición que se mantuvo en secreto dada su posición dentro de la familia imperial – cristiana –.

Pero todo empezó a cambiar, primero lentamente y luego *in crescendo*; con la muerte del hermano restante de Constancio II, Constante, que seguía gobernando a parte occidental del imperio. Muerte a manos de uno de sus militares, Magnecio, en el contexto de la pérdida de confianza de los ciudadanos y de sus tropas por su carácter libertino. Constancio II no aceptó el intento de acuerdo que propuso Magnecio e inició los preparativos militares necesarios para acabar con él y el hermano de este, Decencio, nombrado César con la misión de defender las Galias (Royo 2009 pg. 163).

Entre estos preparativos, debemos tener en mente que Constante II decidió nombrar a Galo, hermano de Juliano, como Cesar en el 351 dado que no tenía

¹ Para esta faceta de la vida de Juliano, consultar la obra de R. M. Sanz Serrano, “El Paganismo Tardío y Juliano el Apostata” (Madrid, 1991).



descendencia y parecía que la educación cristiana – que buscaba, en parte, enseñar el perdón y el olvido de los hechos acaecidos en el 337 – había funcionado. Por lo que sintió “confiado” en dar a Galo el gobierno mientras él se ocupaba de la parte occidental (Royo 2009, pg. 163) con la derrota dos años después de Magnecio.

Al poco, en el 354, Constancio II se arrepintió de su decisión. Galo se demostró como pésimo gobernante, dado a excesos y a otros caprichos; el Emperador lo hizo llamar a la corte de Milán donde fue ejecutado, al “viejo estilo familiar” (Montanelli 2011, pg. 420). A su vez, la etapa de estudios de Juliano concluyó abruptamente con la muerte de su hermano, dado que fue acusado de ser partícipe de las conjuras de su hermano pero posiblemente gracias a su carácter más propicio a las letras que a las intrigas políticas y al apoyo de la esposa de Constancio; este se salvó de la misma pena (Sanz 2009, pg. 95) puesto que se insinúa que buscó de forma activa la imagen de “humanista” e intelectual para demostrar sus pocas ambiciones políticas (Caballero, 2017, p. 34) con lo cual evitaba estar en el foco de una atención no deseada.

Al poco tiempo, con tan solo 24 años de edad, fue llamado a desempeñar un papel en la historia: el 5 noviembre del 355 Flavio Claudio Juliano abandonaría el palio por la púrpura. Así, Constancio II, le investía como Cesar ante el ejército con la misión de salvaguardar la integridad romana en las Galias (Sanz 2009 pg. 98). Un papel para el que estaba sorprendentemente capacitado: el Filósofo gestaba ya al Emperador

El Cesar en las Galias

A partir de este punto, seguiremos la figura del historiador militar Amiano Marcelino (2002), quien fue soldado y escribió sobre campañas en las que participó. Lo cual le dotaba de conocimiento directo del mundo militar. Por ejemplo, en su obra "Res Gestae" se caracteriza por la inclusión de arengas adornadas que seguían los principios de la retórica clásica. En ella, se observa una intención de resaltar las viejas virtudes romanas en un contexto de crisis del imperio (Harto Trujillo 2008: 180) lo cual se vincula directamente con la figura de Juliano y su intención política.



Juliano escogió Viena como punto inicial a su llegada a la provincia de las Galias en diciembre de ese mismo año, en el 355, donde comenzó su campaña de recuperación (Royo 2009, pg. 164). Acciones que Amiano Marcelino narra propiamente básicamente en el libro XVI de su obra, donde nos comenta que el Cesar estuvo reuniendo información de la situación y tomando conciencia del contexto. Momento en que le llega la noticia de que las murallas de Autun han sido tomadas (Am. Mar. XVI 2) se presta a cruzar una zona boscosa, y ciertamente peligrosa, desdeñando cualquier emboscada para poder caer sobre el enemigo en el menor tiempo posible y así iniciar una campaña de hostilidades con el claro objetivo no solo de recuperar y estabilizar la frontera romana, sino de infundir de nuevo miedo a los enemigos de Roma, un miedo al poder del Imperio.

Cabe destacar, a modo de contexto, que el curriculum vitae de Juliano no le hacía brillar ni captar demasiada atención a su llegada. Casado con Helena – hermana del emperador – llegó con tropas limitadas a la Galia donde un rey germano había tomado la ciudad de Colonia y también la zona del Rin aprovechando sus conocimientos directos cuando fuese aliado de Constancio II en la reunificación del Imperio (Caballero, 2017, pp. 35-36).

Pronto se daría cuenta que el poder de facto lo ejercía – por mandato imperial – el prefecto del pretorio de la Galia – Florencio – quien ignoró al joven César (Caballero, 2017, p. 36). Lo cual aprovechó Juliano para, durante un año, aprender el arte de la guerra, usos y costumbres de la Galia, su paisaje y terreno hasta sorprender a todos con su habilidad (Caballero, 2017, p. 37).

Siguiendo con Amiano, nos dice que dirigiéndose a Troyes, el Cesar reforzó los flancos de su tropa temiendo un pronto ataque bárbaro. Táctica que le supuso un ingrediente efectivo al chocar definitivamente con las huestes germanas que se encontraban en las cercanías de Troyes. Tras un primer encontronazo que se saldó con la victoria romana y con una desorganizada fuerza germana que se batió en retirada, Juliano entró en Troyes (Am. Mar. XVI 2). Recuperando el resuello, y ya con un paso



firme a favor de la moral romana, Juliano ordenó avanzar hacia Rheims donde le aguardaban tropas descansadas a las ordenes de Marcelo (Am. Mar. XVI 2.8) con alimentos de reserva para un mes preparadas para proseguir con la labor impuesta por el Augusto Constancio – y por qué no, por los Dioses –.

Desde Rheims, se decidió en emprender una ofensiva con los alamanes a través de la actual Dieuse. Amiano nos dice, empero, que el tiempo no acompañaba a la furia de las legiones, dado que “*debido a la humedad y a la niebla, el día no permitía ver con claridad*” (Am. Mar. XVI 2.10) lo que fue aprovechado por “*los enemigos [que] avanzaron por un atajo, atacaron a las dos legiones que cerraban la marcha a la zaga del Cesar*” (Am. Mar. XVI 2.10) que casi vencen sino fuera por la intervención de Juliano. Episodio que le enseñó a ser prudente y precavido en lo siguiente.

Tras conocer que los alamanes se habían apoderado de varias ciudades, entre ellas Estrasburgo, Brumath, Saverne...; optó por volverse a poner en marcha en dirección a Brumath, la cual ocupó – liberó si se prefiere – pero antes de poder continuar, los germanos le salieron a la marcha con el objetivo de frenar su avance (Am. Mar. XVI 2.12).

Podemos decir que fue en esta batalla donde Juliano, al parecer, empezó a mostrar cierta eficiencia en el arte militar dado que se decidió por disponer a sus tropas en forma de media luna “*en cuarto creciente*” (Am. Mar. XVI 2.13) que le dio la ventaja necesaria para acabar con el enemigo, que empezó a huir tras ver como los suyos eran capturados o muertos por los soldados romanos.

Tras este golpe de efecto a la moral alemana, Juliano se dirigió a la ciudad ocupada de Colonia que había caído en manos bárbaras antes de la llegada del Cesar a las Galias (Am. Mar. XV 8.19). Ya en Colonia, la cual estaba destruida, buscó la pacificación de los reyes francos colindantes para favorecer un tiempo “*tranquilo*” dedicado a la reconstrucción y fortificación de Colonia ya que “*en cuyos territorios no había ninguna ciudad ni fortaleza digna de verse*” (Am. Mar. XVI 3.1) y obtener un punto de apoyo de autoridad en la región.



Conseguida la firma de paz de los reyes, reanudo su marcha hacia Sens para pasar el invierno donde, pasado algo de tiempo, los alamanes sorprendieron la ciudad con un vigoroso ataque. Confiados, al parecer, por saber al Cesar con pocas tropas, arremetieron con vehemencia contra las murallas de Sens defendida por, según palabras de Amiano, por el mismo Cesar y sus hombres; consiguiendo desmoralizar a los atacantes que vieron frustrada su agresión tras un mes de continuos ataques fallidos (Am. Mar. XVI 4.2) retirándose sin haber conseguido parte de la gloria ansiada.

Después de un invierno algo agitado en Sens, Fl. Cl. Juliano reemprendió la campaña contando con refuerzos provenientes de Italia, al mando de Barbation, hacia Augst con unos 25000 hombres (Am. Mar. XVI 11.2) con la esperanza – o la idea – de poder ejercer un mejor avance mediante una pinza con sendos ejércitos.

Mientras, una fuerza de letos aprovechó la situación y pasando entre las zonas controladas de los dos ejércitos, llegó a las murallas de Lyon que, al encontrársela cerrada y bloqueada, no pudieron entrar y saquear una ciudad desguarnecida prácticamente (Am. Mar. XVI 11.4). Al enterarse, el Cesar envió sin demora tres escuadrones de caballería ligera que sorprendió a los letos – tanto por su pronta llegada como por estar estos “cargados de botín” – lo que propició una masacre a todos los que cayeron en sus manos (Am. Mar. XVI 11.5).

Estrasburgo: la batalla

Simultáneamente, las poblaciones germanas que estaban en el “lado” romano del Rin se prepararon bloqueando caminos y accesos como primeros pasos defensivos ante un posible avance romano hacia su territorio; así como el traslado hacia las islas del Rin: creyéndose a salvo de los romanos (Am. Mar. XVI 11.8). Aún así, soldados romanos consiguieron cruzar las aguas poco profundas hasta llegar a una primera isla pasando a cuchillo a todo el que encontraron, para luego hacerse con unas barcas vacías e ir de isla en isla hasta conseguir un rico botín; volviendo ilesos a las filas romanas y habiendo conseguido meter el miedo en el cuerpo bárbaro al ya no saberse a salvo en las islas (Am. Mar XVI 11.9) cruzando definitivamente el Rin.



Conociendo estos hechos, diferentes reyes alamanes reúnen en Coalición una fuerza conjunta para acabar de una vez por todas con la presencia romana que amenaza con extinguir la presencia germana en las Galias. Fueron Chonodomario, Vestralpio, Urio, Ursicino, Serapión, Sumario y Hortario los que, según Amiano, juntaron sus fuerzas tras levantar los sonos de la guerra para acabar con el que creían un ahora débil Cesar – Barbation había marchado de nuevo, acuartelando sus tropas en diferentes guarniciones; quedándose Cesar con acerca de unos 13000 hombres a su disposición – atrincherado en Estrasburgo (Am. Mar. XVI 12.1).

Amiano, tras explicar el contexto político en el que se encontraban las fuerzas romanas ante la batalla que se acercaba y la imagen que se desprendía de los romanos ante la retirada de Barbation; empieza a tomar forma la batalla de Estrasburgo con un Cesar que contaba con 13000 hombres contra toda una hueste dispuesta a acabar hasta con el último romano allí enfrentados.

Al avistar las tropas alamanas, los romanos se dispusieron en la colina, cerrando filas “ a modo de muralla inexpugnable” y colocando la caballería pesada en el flanco derecho viendo como los alamanes respondieron a esto disponiendo a sus mejores tropas ecuestres en el izquierdo, junto con soldados de a pie para poder hacer frente a la caballería pesada de forma óptima – apoyando a su caballería en el fragor del combate – (Am. Mar. XVI 12.21-22). Reforzando a la vez el flanco derecho con trampas.

Las masas compactas de romanos avanzaron en ordenada formación con un Juliano a primera línea de fuego, animando a las tropas a no desfallecer y conseguir la victoria – siempre según Amiano -. Sonaron las trompetas. La guerra y la sangre comenzaron su eterno baile. Mientras se acercaban las fuerzas oponentes, las jabalinas y proyectiles volaban por los aires en busca de un objetivo al que abatir. Los romanos, en formación y con los escudos en estrecha protección; llegaron al combate cuerpo a cuerpo ante unos alamanes aguerridos que avanzaban a la par, directos al ardor de la batalla (Am. Mar. XVI 12.27-36).



Cuenta Amiano (XVI 12.37) que tras un primer envite inicial, ciertas secciones de la línea romana se retiraron levantando polvo mientras que el resto mantuvo la compostura, resistiendo la ferocidad almana al compás de los gritos de los vencedores y los alaridos de los caídos y heridos. El ala izquierda romana, en esta cacofonía, consiguió romper las filas enemigas y hacerlas retroceder a la par que la caballería romana se batía en retirada siendo el mismo Juliano quien se interpuso como una barrera clamándoles por reanudar el combate (Am. Mar. XVI 12.39).

Mientras tanto, las fuerzas almanas que habían hecho retroceder a la caballería romano se dirigieron con premura contra la primera línea de infantería romana, obligándoles a plantar el pie y luchar de forma enconada en un sangriento cuerpo a cuerpo rompiendo con la línea de escudos – la famosa tortuga – apoyados por fuerzas aliadas en esta obstinada lucha por cada centímetro de suelo y por cada gota derramada (Am. Mar. XVI 12.43-46) en lo que Amiano narra como un combate en el que la rendición escapaba de toda mente siendo la meta acabar con el adversario que uno tenía delante de sus ojos con una furia y fervor – bárbaras – y una disciplina y decisión – romanas – que no contemplaban fin.

Y en ese pequeño equilibrio que se forma, que se configura, alrededor de unos combatientes que ven frenado el tiempo, o extirpados de su paso; en una lucha eterna a la par que fugaz; aparecieron un grupo de nobles y soldados almanes que avanzaron en una marcha terrorífica abriéndose paso en la línea romana hasta alcanzar el centro en un afán por eliminar el corazón de la legión romana (Am. Mar. XVI 12.49-50) pero en un espacio más cerrado, rodeados de tropas de elite, esta vanguardia almana cansada y resignada tras no poder acabar con su objetivo, se retiraron buscando la salvación. Una salvación que la estirpe romana no estaba dispuesta a dar.

Y como esa pequeña piedra que provoca un alud, esa lluvia que genera una crecida irresistible; la moral romana se incrementó con cada estocada, con cada herida dada; mientras que los almanes veían como la fila de vanguardia retrocedía, de forma



alocada “con ansía”; y como las fichas de dominó: el desenlace sobrevino (Am. Mar. XVI 12.51-52)

Los romanos emprendieron una postrera marcha que acabó con la resistencia almana y estos, tras verse ya perdidos y rodeados de cadáveres, optaron por huir y abandonar el campo de batalla. Muchos buscando en las aguas del río ese medio de escape, ya desesperado, de alcanzar una zona segura. Los romanos, bajo orden de Juliano, no podían perseguirles hacia las aguas, sino que aguardaron a su orilla para acabar con todo el que se topasen, siendo más una masacre que un combate, la última tilda en un cuento muy negro: *“Lo cierto es que, al final, el río, lleno de espuma por la sangre bárbara derramada, recibía atónito y mudando su color un caudal nada usual”* (Am. Mar. XVI 12.55). Durante la confusión de la derrota almana, se capturó al principal líder germano, Chonodomario; que se mostró solícito tras rendirse a los romanos.

Sigue la campaña

Con la victoria romana en esta batalla que ya se antojaba decisiva para el futuro de las Galias; Juliano, seguro de sí mismo, cruzó el río para devastar el territorio alman en una acción de castigo saqueando e incendiando todo lo que encontraban a su paso, sin muchas muestras de resistencia por parte bárbara; dado que Juliano se había ocupado de disponer de las tropas para generar caos y confusión y de que los bárbaros no pudieran generar una primera línea de resistencia; ahora eran los defensores no los atacantes, tenían más cosas que proteger (Am. Mar. XVII 1.1-17).

Al volver de allende el Rin, a las Galias; Juliano se enteró de que unas tropas francas, cerca de unos 600; había aprovechado la ocasión para saquear y atacar la Galia Segunda, en su zona más desprotegida; al pensar en que el Cesar restaría ocupado en territorio alman durante un tiempo prolongado (Am. Mar. XVII 2.1). Pero no tuvieron mucha suerte. Al enterarse de que Fl. Cl. Juliano se dirigía en su dirección, temerosos, se hicieron fuertes en dos guarniciones ocupadas.



Juliano, sin quererles dejar libres tras su paso, dispuso a las tropas en formación de asedio con la clara idea de obligarles a rendirse. Mas la obstinada defensa de los bárbaros retrasó las operaciones de asedio en una temporada del año poco benigna para acciones bélicas (Diciembre, Enero) con lo que Juliano tuvo que poner mayor énfasis en el asedio, incluyendo la orden de que cada día los soldados recorrieran el río próximo para evitar que este helase. Dado que los francos habían aprovechado el hielo para cruzarlo y obtener así víveres para resistir o simplemente para huir del acoso romano (Am. Mar. XVII 2.2). A lo que al tiempo se rindieron, ya exhaustos y cansados de la situación, a la bendición de Roma justo antes de que tropas de apoyo francas llegasen al lugar. Puesto que al enterarse de la rendición, giraron en ciernes al saber que los francos asediados habían sido enviados cautivos hacia territorio romano (Am. Mar. XVII 2.3-4). Y con la cabeza bien alta, y sabiendo que buena parte de las tareas estaban hechas, Juliano se dirigió a París para pasar un invierno con un merecido descanso.

Durante su estancia en París, Juliano estaba ansioso por volver a reanudar las hostilidades dado que sabía que Estrasburgo había significado una gran derrota pero que el enemigo no estaba acabado, ni mucho menos, puesto que ya daba muestras de audacia y movimiento que preocupaban al César (Am. Mar. XVII 8.1-5). Por lo que sin esperar a la llegada del verano, optó por hacer marchar sus fuerzas contra los francos para pacificarlos antes de que se mostrasen abiertamente hostiles con el Imperio, lo que consiguió sin mucho esfuerzo con un alarde de fuerza contra los salios y más tarde contra los chamavos (tribus francas) que se rindieron raudamente. (Am. Mar. XVII 8.4-5).

De nuevo, cruzando el Rin en busca de las tierras alamanas – y tras acabar con un “motín” (quejas) de sus soldados a causa del hambre (Am. Mar. XVII 9) –. Una vez presentados en tierra agreste, Suomario – rey alaman- se presentó con su ejército a encararse con los romanos el cual, aparentemente contra todo pronóstico, pactó con los romanos un tratado de paz para salvaguardar sus posesiones y su territorio por lo que, después de las deliberaciones, Juliano continuó su camino ahora en dirección a la zona



controlada por el rey Hortario (Am. Mar. XVII 10.1-5) donde los soldados romanos iniciaron una serie de ataques, devastando los campos de Hortario a lo que el rey, impotente, solo pudo pedir la paz tras ver el poder arrollador con el que habían llegado los romanos a sus tierras. Concluida la paz y las negociaciones; el Cesar volvió satisfecho a su cuartel de invierno tras haber pacificado de nuevo un territorio (Am. Mar. XVII 10.6-10) aún hostil tras Estrasburgo en una rápida campaña preventiva para asestar un golpe más a la moral germana.

Con la calma planeando sobre las Galias, Juliano se dedicó a reconstruir fortalezas y a instaurar cierta sensación de estabilidad en unas provincias largamente castigadas por la guerra en los últimos años (Am. Mar. XVIII 1) tanto a nivel legislativo como administrativo – recaudación de impuestos – sus objetivos iban encaminados a buscar esa equilibrio antaño perdido en dicho territorio. Aún así, el Cesar no olvidaba sus deberes militares en pro de ese objetivo marcado; por lo que se dirigió hacia el norte donde ocupó fortalezas dañadas años antes, entre ellas Castra Herculis, Novecium...; como paso previo para un nuevo ataque preventivo contra aquellas tribus aún hostiles a Roma, antes de que estas pudiesen formar coaliciones que supusieran una amenaza más seria (Am. Mar. XVIII 2.4-6). Con esto en mente, y al volver su tribuno explorador de tierras alamanas; se dispuso a partir hacia el otro lado del Rin.

A todo esto, se había reunido un ejército bárbaro en la otra orilla, expectantes de las acciones romanas, para evitar la devastación de sus tierras como se había visto el año anterior. Y a pesar de que el Cesar no quería ver involucradas las tierras de los ahora aliados romanos – los reyes antedichos – estos estaban presionados por sus vecinos alamanes, lo que les posicionaba en una situación delicada; por lo que la decisión de Juliano de no hacer pasar las tropas por dichos campos – acostumbradas estas a saquear e incendiar – se resolvió como una idea acertada, si hacemos caso de lo que nos dice Amiano (XVIII 2.8-11).

Con ambos ejércitos pendientes el uno del otro, acampados en sus respectivas orillas, aguardando el movimiento de unos contra los otros. Juliano, conocedor de ello;



de saberse él con la iniciativa puesto que los alamanes protegían sus tierras; dispuso que los hombres cruzaran el río por la noche, silenciosamente sin remar; y habiendo dejado las hogueras encendidas en el campamento para hacer creer que su presencia seguía estando acampada (Am. Mar. XVIII 2.12). Al conocer la presencia romana en el otro lado del río, y pensando los reyes que tomarían posiciones en la “cabeza de playa” creada para construir un puente, estos se retiraron para conseguir algo de tiempo. Los romanos, por su parte, cruzaron el territorio de Hortario – aliado – sin causar daños hasta llegar a tierras hostiles donde dieron rienda suelta a lo que estaban enseñados a hacer en la guerra: incendiar y destruir (Am. Mar. XVIII 2.13-14). Consiguiendo, en el transcurso de relativamente poco tiempo, crear tal vorágine que los diferentes reyes vinieron en busca de un acuerdo de paz con los ahora poderosos romanos, pactos que se llevaron a cabo siempre en beneficio imperial (Am. Mar. XVIII 2.15-19).

Volviendo triunfante a París, Fl .Cl. Juliano continuó con su operación de estabilización de las provincias galas. Siempre pendiente de la situación a su alrededor, vigilante de los alamanes y los francos, en la sustancial misión de salvaguardar el estatus imperial en la zona. De tal manera que, cuando se generó una situación amenazante en Bretaña – ataque de los pictos y escoses contra los romanos – Juliano prefirió no desaparecer en un ataque contra estas tribus bárbaras con la convicción de que la desaparición de la cabeza visible del Imperio en las Galias sería motivo suficiente para que la amenaza más directa – véase los francos y los alamanes – volvieron a la carga con un largo resentimiento de estos últimos tres años contra Juliano y contra Roma. Episodio o capítulo que Juliano no estaba dispuesta a permitir tras haber conseguido lo narrado. Por ello, confió parte de sus tropas a Lupicino, comandante de infantería, delegando el objetivo de mantener a salvo las fronteras en Bretaña (Am. Mar. XX 1)

Anno Domini 360

En el año 360, después de 5 años como Cesar luchando en las Galias, parecía ya que la frontera romana en el Rin hubiese quedado del todo asegurada; con una



provincia en clara vía de recuperación, que declaraba el triunfo de Roma frente a la barbarie de la “no civilización” (Enjuto 1998, pg. 235). Triunfos y logros que, por otro lado, nos cuentan las fuentes – sobre todo Amiano para nuestro caso – se adjudicó, en buena medida, el Augusto Constancio II dejando a Juliano ser la “mofa” de palacio con apelativos de “griego pedante” o “Victorino” (Sanz 2009, pg. 100).

Empero este año, este año; fue la clave. El punto crucial; la inflexión final.

Mientras el Cesar andaba ocupado en las Galias, la atención del Augusto Constancio II se centraba en la parte oriental del Imperio, donde la fragilidad del limes se veía amenazada por tribus bárbaras – en parte previsible – y por un enemigo mucho peor, la antítesis o el némesis predilecto: Persia.

Sapor el Grande ocupaba el trono del temible adversario que significaba Persia. Una Persia capaz de sentir amenazado a todo el Imperio; en una combinación mortal – entiéndase Sapor y el imperio Persa – con lo que Constancio empezó a mover los engranajes necesarios para salvaguardar el limes asiático, con un “toma y daca” diplomático, con juegos políticos con el trono Armenio, con la presencia de guarniciones a lo largo del limes. Siguiendo la trayectoria política “defensiva” heredada directamente de Constantino en no tomar acciones altamente agresivas contra los Persas – como haría el posterior Heraclio o más tempranamente, el mismo Juliano – (Arce 1987, pgs. 5-9).

El “leve equilibrio” se rompió ante la toma de la ciudad comercial de Amida por parte de Sapor el Grande lo que propicio que Constancio II, en parte haciendo oídos a los rumores que corrían acerca de un posible intento de usurpación de Juliano; y en parte por la necesidad de tropas; mandase que una buena porción de los soldados a cargo de Juliano fueran enviados a la frontera oriental: soldados auxiliares de érulos, bátavos, celtas y petulantes (los más fieles al Cesar aparentemente) al mando de Lupicino - mencionado antes en Bretaña – a lo que los soldados se amotinaron en un primer lugar – aunque algunos fueron obligados por Decencio a marchar hacia Oriente – (Sanz 2009, pg. 100).



Llegados a este punto, Amiano presenta la historia de que Juliano quiso evitar esta problemática – la de la primera negación de las tropas que, recordemos, parte del acuerdo al formar parte del ejército era de que no les moverían de su tierra natal o vinculada – diciendo que se amparaba a las ordenes del Augusto. Mientras, corría un panfleto entre los soldados exaltando los ánimos en contra de Constancio II y alabando a Juliano (Sanz 2009, pg. 100); crucial situación que acabó por la proclamación de Juliano como Augusto “en contra de sus deseos” dado que *“él, resuelto, se enfrenaba a todos y cada uno, ya mostrando indignación, ya tendiendo sus manos, rogando y suplicand que, después de haber conseguido tantos triunfos y victorias, no cometieran ninguna acción inapropiada, no fuera que esa temeridad inoportuna y ese error provocara una guerra (Am. Mar. XX 4.15).*

El resultado obvio fue el que procedió: la coronación de Juliano como Augusto y el rechazo total de Constancio II ante la situación, negándole hasta el título y la posición de Cesar (Royo 2009, pg. 165) a pesar de la tentativa de Juliano de informar en una carta él mismo de la situación, así como de su lealtad a Constancio pero sin rechazar la nueva posición preeminente otorgada por los soldados, situación que intentó aprovechar parece ser que para evitar una guerra pero para salvaguardar su poder. Tentativa que obviamente no funcionó (Sanz 2009, pgs. 100-101). A finales del verano del año siguiente, en el 361 d.C., Juliano II dirigió sus tropas contra las de Constancio – curiosamente las mismas tropas que se habían negado en ir a Oriente por el “viejo” Augusto – con la intención de ganarse sus derechos a través de las armas ya que no se pudo por la diplomacia. Ocupando primero Italia y pasando después a Illiricum, y con el ejército de Constancio junto con sus partidarios dirigiéndose al encuentro de las fuerzas de usurpación; la batalla se mostraba tenaz y brutal. Abruptamente, no obstante, Constancio II fallecía de forma inesperada el 5 de octubre en Cilicia de muerte natural (Royo 2009, pg. 165); un final completamente diferente al esperado y de una manera totalmente divergente que dejaba al joven Flavio Claudio Juliano como único Emperador del Imperio Romano:



“Y es que parecía un sueño que este hombre aún joven, de poca estatura, famoso ya por sus hazañas, después de aniquilar en cruentas batallas a reyes y pueblos, había avanzado de ciudad en ciudad con una rapidez insospechada y, por donde pasó, había aumentado sus recursos y sus fuerzas, y se había apoderado de todo con tanta rapidez como las noticias lo habían narrado. Y, finalmente, la voluntad divina le había concedido el principado, obteniéndolo sin perjuicio alguno para el estado” (Am. Mar. XXII 2.5).

¿Reforma o Recuperación?

Y llegados a este punto, con Juliano como Emperador, nos encontramos uno de los episodios más interesantes de su figura. Obviando – en parte – las campañas orientales contra los Persas, las cuales han sido profusamente estudiadas y comentadas.

Me gustaría focalizarme en lo que se ha venido a conocer como reformas y actuaciones encaradas a una vuelta a la “gloria clásica” – por así llamarla – que ya hemos ido abordando situacionalmente en el texto previamente escrito.

La recuperación del romanismo (Caballero 2017) propiciada por Juliano a su llegada al poder – tendencia ya apreciada en la Galia – podemos vislumbrar como el neoplatonismo (Caballero 2017: 30-31) influenció la visión política de Juliano, el cual veía en la restauración de los antiguos cultos una forma de revitalizar el imperio que, en su opinión, consideraba “perdido” de sus valores tradicionales. Su foco por la filosofía clásica, que vimos al inicio del artículo, marcó profundamente su mandato como Emperador.

En lo tocante a las reformas políticas, Juliano (Caballero 2017: 40) implementó importantes reformas para reducir el gasto público, limitar el poder de ciertas facciones en la corte – contrarias a él – y modernizar el sistema impositivo. Estas medidas buscaban aliviar la carga económica sobre las clases populares mientras que, a su vez, fortalecía la estabilidad del Estado en un momento que era necesario.



Cabe señalar que se suele destacar (Caballero 2017: 40) los avances económicos y administrativos de Juliano, focalizándose hacia una política más social y menos burocrática, como acercamiento a las clases populares y en contra de esos segmentos más cercanos al poder (cómo los eunucos de palacio).

Entre sus principales iniciativas se incluye la contención del aumento de impuestos mediante la reducción de los gastos estatales, en línea con sus políticas de acercamiento a los estratos sociales más bajos. Por ejemplo, el 29 de abril de 362, el emperador decretó la exención del *aurum coronarium* y otorgó una amnistía fiscal para aliviar las deudas de los ciudadanos más desfavorecidos. Junto a esto, llevó a cabo una reforma monetaria al introducir monedas de mejor calidad, lo que revitalizó el sistema financiero y la confianza en un sistema en duda (Caballero 2017: 40).

Y en cuanto a la moneda: centrémonos un momento.

La simbología adscrita a la nueva acuñación nos puede dar más información en estos puntos. Siguiendo a Sánchez (2013) comparamos la acuñación de monedas al inicio de su reinado y su evolución cada vez más alejada del cristianismo dominante.

Partiendo como ejemplo de una moneda acuñada en Tesalónica al inicio del mandato de Juliano (Sánchez 2013: 123). Esta moneda, encontrada en mayo de 2011 en una subasta (fig. 1). El punto interesante de esta moneda es que en el anverso se ve un retrato de Juliano sin barba y que en el reverso se aprecia simbología inconfundiblemente cristiana, al aparecer el emperador con un globo y pisando con su pie un cautivo arrodillado.



FIG1 - (Sánchez 2013: 124): Juliano II. AE 3. 1,87 gr. Tesalónica.



Hasta este punto, como nos señala Sánchez (2013), la simbología habitual de inicios del siglo IV en la acuñación de monedas.

El punto interesante, es que esta moneda sugiere que Juliano aún no había roto con el cristianismo en el inicio de su mandato. Sino que este hecho respalda la tesis de que su conversión definitiva al paganismo ocurrió tras la muerte de Constancio y que su política religiosa comenzó a manifestarse claramente después de asumir el poder de forma plena y sin competencia directa (Sánchez 2013: 125-126)

Ya que en monedas posteriores podemos apreciar una posible simbología que nos recuerda a una antigüedad clásica vinculada a la filosofía y los emperadores “filósofos” como por ejemplo la aparición en las monedas de la barba de Juliano, que comenzó a dejarse crecer tras la muerte de Constancio. Donde podemos entenderlo como una declaración simbólica de su distanciamiento del cristianismo y de su identificación con los filósofos “paganos” (Sánchez 2013: 124-125). La ausencia de dicha barba en la primera moneda reforzaría la hipótesis de que su adhesión pública al neoplatonismo y corrientes “paganas” ocurrió al poco tiempo de la ocupación del poder.

En la Fig 2. Podemos ver un poco la diferencia en cuanto a su retrato y la barba



Fig 2 - (Sánchez 2013: 122): Juliano II. AV solidus. 4.36 gr. Sirmio.

Esta posible proclamación pública simbólica vendría de la mano de sus políticas reformistas en cuanto a lo económico y político, pero, también, en lo tocante a la esfera religiosa.



Y aquí entramos en el quid de la cuestión de su idea político religiosa.

Ya nos dice Caballero (2017: 41-42) que fue una de las líneas de su mandato más controvertidas fue, justamente, su política religiosa. Destacando principalmente el edicto de libertad de culto. Con el que buscaba y pretendía reducir el dominio del cristianismo – tanto en el nivel social como económico – en una suerte de monopolio cultural y fomentar, a su vez, un retorno al paganismo (o neopaganismo). Y aunque muchas veces se piense que sí: Juliano no persiguió a los cristianos de forma activa. Cuestión que no le sirvió para que su reinado fuese interpretado negativamente por los cronistas cristianos de la época y posteriores; dejando una imagen más amarga, más sentenciosa; de su corto reinado.

Su persona fue tanto admirada como criticada por sus contemporáneos. Para los cristianos: Juliano representaba una amenaza a la victoria del cristianismo bajo Constantino. Mientras que para los paganos, fue una última esperanza fallida de restaurar las antiguas tradiciones religiosas (Moreno 2012: 98)

Podemos apreciar este conflicto (Perea 2006: 84-87) donde las políticas de Juliano de recuperación de ese “paganismo” clásico buscando, así, enfrentarse a la creciente influencia del cristianismo en el seno de la sociedad romana (y las altas esferas). Este conflicto reflejaba la lucha entre dos visiones religiosas opuestas durante su breve reinado y los distintos elementos de poder.

Perea (2006) muestra el ejemplo de Alejandría en su artículo en las tensiones entre cristianos y paganos en Alejandría, donde los cristianos acusaban a los seguidores del culto a Mithras de realizar sacrificios humanos, lo que generó enfrentamientos violentos entre ambas comunidades (Perea 2006: 83-85). Discurso, el cristiano, que busca menospreciar y atacar a sus percibidos “como contrarios”.

Curiosamente, siendo ellos los que destruyeron antiguos templos paganos en Alejandría, incluyendo uno dedicado a Mithras, donde se encontraron restos humanos. Punto que fue utilizado para intensificar las acusaciones mutuas y la violencia (Perea



2006: 89-92). Clima crispado y de alta tensión, nos relata el autor (Perea 2006: 93-95) donde Juliano tomó cartas en el asunto con el líder cristiano Atanasio, el cual fue perseguido bajo el mandato de Juliano.

Evidentemente este fue protegido por los cristianos en Alejandría adquiriendo un rol protagonista como un símbolo de resistencia frente al paganismo restaurado (Perea 2006: 95).

Y tras este ejemplo, analicemos mejor la posición de Juliano respecto al paganismo o, como lo hemos llamado antes: “neoplatonismo”.

Siguiendo a Guardé (2014) vemos como Juliano utiliza la narrativa clásica, influenciado por el neoplatonismo, desarrollando una línea discursiva para generar una polémica contra los cristianos - a quienes llama "galileos" – denunciando la novedad de su religión y acusándolos de apropiarse del judaísmo.

En este contexto que hemos ido apreciando, vemos como el alejamiento del Emperador viene acompañado por un rechazo a la necesidad de la salvación cristiana y critica la idea de un Dios que se encarna en Cristo – ser humano –, al entender que esto contradice completamente la naturaleza de la divinidad clásica al cambiar de forma y pretensión (Guardé 2014: 422).

Haciendo hincapié en su crítica a la interpretación literal que los cristianos hacen de sus Textos – entendidos como mitos – que contradicen el corpus conocido. Un ejemplo sería el Génesis, al argumentar que estos relatos, estas narrativas autopoyéticas; deberían ser apreciadas, estudiadas, en su forma alegórica. Del mismo que el sistema de creencias clásico grecorromano realizada con sus propios mitos (Guardé 2014: 423)

Y muchos menos (Guardé 2014: 423) el uso indiscriminado de la retórica propia del judaísmo que los cristianos utilizan sin problema, jugándola en contra al indicar que “no tienen derecho a reclamar la herencia del judaísmo” distorsionando la tradición para crear su propio corpus aceptado y autoproclamado como religión independiente.



El artículo se basa en una obra que, por desgracia, no podemos estudiar con mayor detalle ya que la obra *Contra Galileos* – escrita entre 362 y 363 – se ha perdido y solo se conserva en fragmentos en las citas de autores cristianos que la refutaban o contra argumentaban. Como es el caso del autor Cirilo de Alejandría, quien la refutó en su obra *Adversus Julianum* (Guarda 2014: 420)

Con esto, es fácil ver como su figura es muy interesante al ya podemos imaginar cómo fue visto por unas fuentes u otras; tal y como nos apunta Moreno (2012) Juliano ha sido visto como un símbolo en la lucha entre el paganismo y el cristianismo, especialmente en la literatura y el pensamiento filosófico e histórico. Sus intentos de restaurar el paganismo han sido narrados en diversas obras, desde el drama de Ibsen *Emperador y Galileo* hasta novelas como *La muerte de los dioses* de Merejkowski (Moreno 2012: 104-106) ya que esta situación – y el contexto que hemos visto – es un foco imperioso de atención, un brillo de interés, en un marco histórico cultural donde el cristianismo monopolizaba cada vez más la cúspide social.

Podemos entender sin complicaciones como a lo largo de los siglos, la imagen de Juliano ha sido interpretada de maneras opuestas y controvertidas. Con autores cristianos como San Gregorio Nacianceno que lo consideraron un enemigo peligroso, mientras que paganos como Libanio lo exaltaron como un héroe trágico. Estas visiones extremas reflejan la profunda polarización en torno a su figura (Moreno 2012: 100). E incluso en épocas más cercanas, Ya que, durante el Renacimiento y la Ilustración, su figura fue recuperada por pensadores como Montaigne y Voltaire, quienes lo exaltaron por sus virtudes morales y su resistencia al cristianismo. Por otro lado, autores contemporáneos como Gore Vidal y Fernando Savater han reexaminado su legado, explorando su compleja relación con la religión y el poder (Moreno 2012: 107)

Desafortunadamente, su muerte – y su corto reinado – nos ha impedido poder haber visto como evolucionaría el Imperio Romano si hubiese mantenido, por más tiempo, un cierto equilibrio entre las diferentes religiones que existían en el siglo IV.



Podríamos hacer “historia ficción” y una suerte de ucronía ampara en hipótesis, pero no dejaría de ser un experimento retórico – aunque muy interesante – en lo que pudo haber sido, y no fue. En sus múltiples caminos, en sus muchos destinos.

Conclusiones

Y henos aquí, en este momento crucial.

Hemos podido observar, brevemente, como la figura de Juliano II, el Emperador Filósofo, el Emperador Apostata; ha sido interpretada a lo largo de mucho tiempo como un elemento, un símbolo de la lucha entre el paganismo clásico – o neoplatonismo – y el cristianismo emergente en el Imperio Romano; un cristianismo cada vez más consolidado.

Su trayectoria, desde su formación filosófica hasta su breve y turbulento reinado, nos indica una serie de intentos por restaurar lo que él percibía – a nuestro entender – como el esplendor de Roma, profundamente inspirado en el neoplatonismo y en los valores de la antigua tradición romana. Arraigado en un pasado de expansión frente a una actualidad compleja.

Estas aspiraciones – y el contexto sociopolítico – lo llevaron a implementar unas políticas que, a día de hoy, podríamos definir como proteccionistas. Si bien defendió la libertad de culto, sus medidas propiciaron un favorecimiento en la revitalización de los antiguos cultos paganos para preservalos ante un dominio emergente y solido de la nueva religión imperial: el cristianismo. Elemento que, por descontado, generó tensiones con el cristianismo que había ganado preponderancia política y social.

En el ámbito económico y administrativo, Juliano también destacó por sus reformas de austeridad y apoyo a los sectores menos favorecidos, intentando reducir la burocracia excesiva y las cargas fiscales que pesaban sobre las clases populares. Este aspecto de su gobierno sugiere un enfoque pragmático y cercano a las necesidades de



su pueblo, lo que, junto con su apoyo al paganismo, demuestra una intención de equilibrar el poder entre diversas facciones del imperio. Sin embargo, la vigencia de su proyecto fue truncada por su prematura muerte en campaña contra los persas.

Un análisis profundo de Juliano desde una perspectiva histórica podría cuestionar si su reinado hubiera podido lograr una simbiosis duradera entre el paganismo y el cristianismo. Sus intentos por limitar el poder cristiano sin perseguir abiertamente a sus seguidores, así como su adopción de símbolos tradicionales (como la barba para alinearse con los filósofos), muestran una intención de reconciliar las tradiciones romanas con un contexto ya cambiado. Su historia sugiere una visión romana de la religión como un acto de estado que, en un contexto adecuado, podría haber convivido con el cristianismo emergente.

La relevancia de Juliano en la historia puede residir, entonces, en su figura como el último exponente de un Imperio que intentaba aferrarse a su identidad clásica. Esto plantea una fascinante ucronía: ¿podría el Imperio Romano haber mantenido un equilibrio entre ambas religiones bajo un liderazgo como el de Juliano? Aunque su muerte impidió explorar esta posibilidad, su legado nos deja un modelo de resistencia cultural que continúa siendo una referencia en la discusión sobre el sincretismo religioso en tiempos de cambio.

Biografía

Amiano Marcelino (2002): *Historia*. Akal; Madrid.

Arce, J. (1987): *La Frontera del Imperio Persa: Constancio II y Heraclio*. Erytheia ISSN 0213-1986, 8, 1: 5-15.

Caballero Espericueta, M. (2017). *Juliano II y la recuperación del romanismo clásico*. Historia Digital ISSN 1695-6214, XVII(30), 30-48.

Enjuto B. (1998): *Juliano y su lucha intencionada contra la alteridad bárbara germana*. Studia Histórica. Historia Antigua ISSN 0213-2052, 16: 233-251.



Guarda Paz, C. (2014). *Contra Galileos: La crítica neoplatónica de Juliano el Apóstata al cristianismo*. Pensamiento ISSN 0031-4749 , 70(263), 411-430.

Harto Trujillo, M. L. (2008). *¿Cómo se arengaba al ejército según la historiografía clásica? El caso de Amiano Marcelino*. Revista de Historia Militar ISSN 0482-5748, 104: 176-197.

Perea Yébenes, S. (2006). *Un trasfondo mithraico en los conflictos religiosos en Alejandría en tiempos del emperador Juliano según la Vida de Atanasio en la Biblioteca de Focio*. Studia Historica. Historia Antigua ISSN 0213-2052 , 24, 83-107.

Royo M. (2009): *El Emperador Juliano II y el programa iconográfico de sus monedas*. Documenta & Instrumenta ISSN 1697-4328, 7: 161-186

Sánchez Vendramini, D. N. (2013). *Sobre una nueva moneda de Juliano y la fecha de su conversión definitiva al paganismo*. OMNI Revue Internationale de Numismatique ISSN-e 2104-8363, 7, 121-127.

Sanz R. (2009): *Fundamentos ideológicos y personales en el pronunciamiento del Emperador Juliano*. Revista Potestas ISSN 1888-9867, 2: 83-115.

Montanelli, I. (2011): *Historia de Roma*. Debolsillo; Barcelona.

Moreno Pampliega, J. (2012). *Encuentros, desencuentros y reencuentros con Juliano: El emperador apóstata y sus secuelas a lo largo de la historia*. Fortunatae ISSN 1131-6810, 23, 97-112.

Historia Digital, XXV, 46, (2025). ISSN 1695-6214

© Raúl Barrera Luna, 2025

